

# LA ARQUEOLOGÍA EN "LA VOLUNTAD" DE AZORÍN

Liborio Ruiz Molina

## I

He de confesar que soy consciente de la osadía que me dispongo a hacer a partir de estos instantes, pues ante todo yo solo soy un amoroso y ferviente lector de *La Voluntad*, sin otras pretensiones que el gusto por su lectura. Este que esto afirma ya se atrevió, hace más de una década, a publicar un artículo en la Revista Montearabí, cuyo contenido pretendía relacionar en un contexto histórico las descripciones paisajísticas contenidas en la novela.<sup>1</sup>

De aquella experiencia quedé satisfecho, porque había conseguido, entre otras cosas y fundamentalmente, extraer un aspecto de *La Voluntad* que venía a conectar poco más o menos con mi vida profesional, ciertamente tan distinta y tan distante a lo literario. Aquel trabajo, como todos los que uno hace y publica, y con la perspectiva que da el tiempo, dejó abierta la posibilidad a nuevas vías por explorar; una de ellas es la que ahora pretendo desarrollar. Volver. Volver una vez más a *La Voluntad*, a esta novela centenaria, que supuso un cambio conceptual radical

en el género, tal y como nos refieren, tanto Inmam Fox como María Martínez del Portal, en sendas ediciones de la novela publicadas en 1989 y 1997 respectivamente<sup>2</sup>; o más recientemente Francisco Javier Diez de Revenga<sup>3</sup>. Este cambio en la forma de novelar es producto de la "crisis vital" sufrida por José Martínez Ruiz, que afecta no solo al hombre sino también al escritor, tal y como afirma Francisco José Martín, que considera a este nuevo modo de narrar plenamente maduro en la novela *Antonio Azorín*, publicada un año después de *La Voluntad*.<sup>4</sup>

Habrá quién, seguro, que a estas alturas ha debido preguntarse ¿Qué hay de arqueológico en *La Voluntad*? El interrogante es razonable si tenemos en cuenta que la visión que de esta novela tenemos los simples lectores, es que se desarrolla fundamentalmente en Yecla: sus edificios, sus calles y sus gentes; en una época que transpira una acentuada angustia existencialista; de un tiempo decadente, indolente y que Azorín trata, quizá, de manera menos agresiva que la demolidora y tétrica visión de la Yécora de

<sup>1</sup> RUIZ MOLINA. Liborio. "Paisajes históricos en La Voluntad de Azorín". *Revista Montearabí* 8-9. Yecla, Ateneo Literario, 1990. pp. 85-104.

<sup>2</sup> MARTINEZ RUIZ. José. *La Voluntad*. Madrid. Ediciones Castalia, 1989. Edición Inmam Fox. pp. 27-47.; MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1997. Edición María Martínez del Portal, pp. 9-99.

<sup>3</sup> DIEZ DE REVENGA. Francisco Javier. *La Voluntad. Novela de J. Martínez Ruiz, novela de Azorín*. Murcia. Caja de Ahorros del Mediterráneo. 2002. pp. 35-96.

<sup>4</sup> AZORIN. *Antonio Azorín*. Madrid. Biblioteca Nueva. 1998. Prólogo de Francisco José Martín, p. 31.

<sup>5</sup> AZORIN. *Confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2000. 10ª edición por José María Martínez Cachero, p. 22

<sup>6</sup> MARTINEZ DEL PORTAL. María. "Yecla en la obra de José Martínez Ruiz". *Homenaje a Azorín en Yecla*. Murcia. Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1988. p. 95.

<sup>7</sup> MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid, ediciones Castalia, 1989. Edición Inman Fox. p. 13.

<sup>8</sup> MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1997. Edición María Martínez del Portal. Capítulo XVI. Primera parte. pp. 205-206.

Baroja. En cualquier caso son, como afirma Martínez Cachero, "la cifra y el símbolo de los pueblos de España"<sup>5</sup>. Son, por tanto, espejos de una realidad desoladora que llevarán a María Martínez del Portal a afirmar: "En efecto, sobre esta Yecla de *La Voluntad* se han ido proyectando los males típicos de la España finisecular. Recordemos: miseria, usura, caciquismo, excesiva y perniciosa influencia del clero. Y, por si fuera poco, inercia, incapacidad para salir de la envolvente parálisis que inmoviliza a nuestra patria..."<sup>6</sup>. Mas, esa Yecla síntesis de una España decadente, advertirá Inman Fox, "adquiere dimensiones simbólicas, que trascendiendo del ambiente social y físico del pueblo mismo, resume el mensaje de toda una generación"<sup>7</sup>.

Pues bien, es en este contexto donde se incrusta la temática arqueológica en *La Voluntad*, siendo un elemento más (cierto que de segundo orden) del que Azorín se vale para construir su narración. Por tanto, creo, que aun cuando aparezca en un segundo plano, no lo hace porque sí, ni es tampoco un simple aditamento. Justifica su presencia la propia figura de uno de los personajes de la novela, el escolapio Carlos Lasalde, al que Antonio Azorín califica de "sabio arqueólogo". Dos razones, a mi parecer, hacen a Lasalde partícipe de la novela. En primer lugar, el grado de afectividad que mantuvo Azorín con este hombre y que fue más allá de un cálido y entrañable recuerdo de su tiempo como escolar en el Colegio de las Escuelas Pías de Yecla. Y

en segundo término, porque Azorín descubre en el escolapio un contrapunto, un equilibrio mesurado entre el desengaño de Antonio Azorín y el escepticismo existencialista del Maestro Yuste. En este sentido, no parecen quedar dudas las consideraciones de Lasalde en el capítulo XVI de la primera parte, en el que dirigiéndose a Yuste se expresaba en los siguientes términos:

«<< Pues entonces tengamos fe, amigo Yuste, tengamos fe... Y consideremos como un crimen muy grande el quitar la fe... ¡qué es la vida!.. a una pobre mujer, a un labriego, a un niño... Ellos son felices porque creen; ellos soportan el dolor porque esperan... Yo también creo como ellos, y me considero el último de ellos... porque la ciencia no es nada al lado de la humildad sincera...»

El Padre Lasalde ha callado. Sus palabras han caído lentas, solemnes, abrumadoras sobre el maestro. Y el maestro ha pensado que sus lecturas, sus libros, sus ironías eran cosa despreciable junto a la fe espontánea de una pobre vieja. Y el maestro se ha sentido triste y se ha tenido lástima a sí mismo.»<sup>8</sup>

## II

El grato recuerdo de infancia que guardó Azorín hacia el Padre Lasalde se pone de manifiesto en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, publicada dos años después de *La Voluntad*. De él nos decía:

«El primer escolapio que vi cuando entré por primera vez en el colegio fue Carlos Lasalde, el sabio arqueólogo. Guardo de Carlos Lasalde un recuerdo dulce y suave.»<sup>9</sup>. Este dulce y suave recuerdo, que en su tiempo de colegial llegó a ser una «cierta secreta veneración» se mantendrá hasta prácticamente el final de la vida del escolapio. Tal y como afirma Miguel Ortuño Palao: "Tan intensa fue esa impresión, que en aquel chiquillo de siete u ocho años se manifiesta, por vez primera, la fina sensibilidad que será característica esencial de su personalidad y de su vida literaria. Esa fructífera relación de Lasalde con el futuro escritor no solo tuvo lugar durante la vida de colegial, sino en las posteriores entrevistas que ambos mantuvieron en Getafe."<sup>10</sup>

Probablemente, esa añoranza de los lejanos días de colegial hace que Antonio Azorín visite a Lasalde en su retiro de Getafe, tal y como se pone de manifiesto en *La Voluntad* en el Capítulo III de la segunda parte. Quizá esperaba encontrar de nuevo a ese hombre bueno, humilde, sabio, de «ojos inteligentes y parladores..., de gestos y ademanes de una delicadeza inexplicable», que le aconsejan:

<< Todo es vanidad, Azorín... Esto es un tránsito, un momento... Vive bien; sé bueno, humilde... desprecia las vanidades... ¡as vanidades...

Y Azorín cuando ha vuelto a la calle, en este día gris, en este pueblo

sombrío de la estepa manchega, se ha sentido triste. >><sup>12</sup>

Esa tristeza, al contemplar a un hombre cansado y derrotado, más «delgado que antaño» y con la «cara pálida y más buida», le hará caer en la cuenta que:

<<Todo es vanidad; la imagen es la realidad única, la única fuente de vida y sabiduría. Y así, este perro joven e ingenuo, que no ha leído a Troyano; este perro sin noción del tiempo, sin sospechas de la inmanencia o trascendencia de la causa primera, es más sabio que Aristóteles, Spinoza y Kant... los tres juntos.

*El perro ha enarcado las orejas y le ha lamido las manos: parecía agradecer la alta justicia que se le hacía»<sup>13</sup>*

Ello provocará en Antonio Azorín, al regresar a Yecla y visitar de nuevo el colegio, esa angustiada sensación de «ritornelo doloroso y perdurable»:

«No entréis en esos claustros -me decía una voz interior- vas a destruirte una ilusión consoladora. Los sitios en que se deslizaron nuestros primeros años no se deben volver a ver; así conservamos engrandecidos los recuerdos de las cosas que en realidad son insignificantes. > ><sup>14</sup>

Por los pasillos del aquel colegio, por sus escaleras, quizá Azorín imaginó

<sup>9</sup> AZORIN. *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid: Espasa-Calpe. 2000. 10ª edición por José María Martínez Cachero. Capítulo XI. p. 65.

<sup>10</sup> ORTUÑO PALAO. Miguel Prólogo al libro de LÓPEZ AZORÍN, Fernando. *Yecla y el Padre Lasalde*. Yecla. Universidad de Murcia-Ayuntamiento de Yecla. 1994. p. 15. Véase además de este mismo libro el Capítulo 22 pp. 333-358. en el que se abordan de manera detallada las relaciones entre Azorín y Lasalde.

<sup>11</sup> AZORIN. *Las Confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid. Espasa-Calpe, 2000. 10ª edición por José María Martínez Cachero. p. 65.

<sup>12</sup> MARTINEZ RUIZ. José. *La Voluntad*. Madrid. Ediciones Cátedra. 1997. Edición María Martínez del Portal, p. 261.

<sup>13</sup> Ibidem nota 11. p. 362.

<sup>14</sup> AZORIN. *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2000. 10ª edición por José María Martínez Cachero, p. 137.

<sup>15</sup> MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1997. Edición María Martínez del Portal. Capítulo XVI. Primera parte. p. 197.

encontrarse de nuevo con aquel otro Lasalde; a ese «*viejo cenceño, con la cabeza fina*» que cuando era un niño, en la Rectoral, lo recibió de manera cálida. Aquel Lasalde descrito en el Capítulo XVI de la primera parte de *La Voluntad*'.

*«El P. Lasalde es un hombre delgado, de ojos brilladores, de nariz pronunciada; su cara tiene una rara expresión de inteligencia, de viveza, de candor y malicia - malicia buena — a un mismo tiempo. Es nervioso, excesivamente nervioso; a veces cuando experimenta una satisfacción o un disgusto, sus manos tiemblan y todo su cuerpo vibra estremecido. Es tolerante, dúctil; habla con dulzura, y pone en ilación de sus frases largos silencios, mientras sus ojos miran fijamente al suelo, como si su espíritu quedase de pronto absorto en alguna contemplación extrahumana. A los niños el P. Lasalde los trata con delicadeza, con una delicadeza tan enérgica en el fondo, que les pone respeto y hace inútiles los castigos violentos. El los disuade de sus instintos malos hablando, uno por uno, bajito y como de cosas que solo a ellos dos importan; él les halaga cuando ve en ellos un vislumbre de generosidad y de nobleza. Y no grita, no amenaza, no aterra; anda silenciosamente por los dormitorios durante la noche; se fija cuidadosamente en la sala de estudio en cómo trabaja cada uno; los observa y estudia sus juegos cuando retozan en el patio. >> <sup>15</sup>*

Será en los capítulos XVI y XXII de la primera parte de la novela donde encontramos al Lasalde erudito que participa de extensos diálogos con Yuste, siendo Antonio Azorín, en este caso, un espectador disciplinado que escucha, tal y como lo es el propio lector. En el primero, el eje conductor de la conversación son las esculturas del Cerro de los Santos. En cuanto al segundo, deberemos considerarlo una apostilla del anterior. Así, las esculturas ibéricas del Cerro de los Santos constituyen referentes o introitos que sirven para encadenar dos posturas bien diferenciadas ante la vida y el tiempo presente: el escepticismo de Yuste frente al pragmatismo vitalista de Lasalde. Por este escenario discurren los mundos utópicos de Platón, Tomas Moro o Campanella. Así por ejemplo, Antonio Azorín, frente a una de las esculturas, opina que en su tiempo debió ser un pedagogo, precisando Yuste que más bien debía de tratarse de un sociólogo. Determina Azorín un hipotético autoritarismo que advierte en su gesto, comparándolo con Platón. Es entonces cuando interviene Yuste, respondiendo:

*«Un autoritario de buena fe. Hoy Renán y Flaubert, que querían también un estado regido por intelectuales, hubieran sido unos tiranos adorables. >>*

Lasalde replica:

*<<¡Utopías!, ¡Utopías! Platón, que era una excelente persona... una*

*persona digna de ser cristiana... llegó en ocasiones a ponerse en ridículo, llevado por su fantasía desenfrenada.»<sup>16</sup>*

Introduce seguidamente Yuste al anarquista Proudhon, al que antepone Lasalde el idealismo del humanista Tomás Moro, del que Yuste opina que «...ya casi no es un soñador, sino un hombre que ha visto lo que pinta». Lasalde completa su trilogía de utópicos con el dominico Tomás de Campanella que es definido por Yuste en los siguientes términos:

*«¡Ah Campanella! Campanella es el prototipo de hombre ardiente, inflexible, visionario de un ideal que ansia realizar en sus detalles más triviales. Campanella es uno de esos hombres que quieren hacernos felices a la fuerza...»<sup>17</sup>*

Concluye el diálogo Lasalde narrando una fábula que recoge Gracián en *El Criticón*, intentando demostrar a Yuste la crueldad de los hombres para con sus semejantes, lo que imposibilita a su juicio construir paraísos terrenales. Indica Lasalde:

*«Esto quiere decir, amigo Yuste, que como habrá siempre ricos y pobres sobre la tierra, habrá siempre buenos y malos, y que no está aquí nuestro paraíso...!No está aquí!... sino allá donde mora Quien a todos nos ama y nos perdona... Y vea usted como estas dos pobres yeclanas (señalando las estatuas*

*de las dos mujeres) que aman, que creen y que esperan, que son pobres campesinas que ni saben leer... vea usted como a mí me parecen más sabias... !porque tienen fe y amor!... más sabias que este hombre vano (señalando a la estatua del hombre orejudo) que de todo se ríe... (con dulzura). ¿No le parece a usted así, amigo Yuste? >> a lo que Yuste contesta <<(con forzosa sinceridad). Sí, sí, yo lo creo, yo lo creo»<sup>18</sup>*

### III

En cuanto a la presencia en la novela del Lasalde arqueólogo viene referenciada de manera explícita al inicio del Capítulo XVI de la primera parte. En él se nos dice:

*«El P. Lasalde es un sabio arqueólogo: ha publicado una memoria sobre las antigüedades el Cerro de los Santos (que es el primer trabajo que se hizo sobre estos dichosos santos que tanto han dado que hablar a todos los arqueólogos de Europa).»<sup>19</sup>*

Del fragmento anterior se desprende: por una parte, que Azorín conocía y debía haber leído la *Memoria de las Notables Excavaciones hechas en el Cerro de los Santos*, publicada en el año 1871<sup>20</sup>, y que nos consta conservaba entre sus libros, dedicada por el propio Lasalde.<sup>21</sup> De otra, que también Azorín debió conocer, tras la enorme expectación e interés despertado por los arqueó-

16 Ibidem nota 14. p. 201.

17 Ibidem nota 14. p. 203

18 Ibidem nota 14. pp. 204-205.

19 Ibidem nota 14, p. 196.

20 LASALDE, Carlos. *Memoria sobre las Notables Excavaciones Arqueológicas hechas en el Cerro de los Santos*. Madrid, 1871.

21 LOPEZ AZORIN. Fernando. *Yecla y el Padre Lasalde*. Murcia, Universidad-Ayuntamiento de Yecla, 1994. p. 349.

<sup>22</sup> ENGEL, Arthur. "Repport sobre una misión archeologiquic en Espagne (1891)" *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires* III. 1892.

<sup>23</sup> LASALDE, Carlos. Historia de Yecla. Capítulo III. *Semanario Murciano. Año IV. Número 153, (1881)*

<sup>24</sup> HEUZEY, L. "Statues espagnoles de style greco-phnicien (question d'authenticité)" *Revue d'Assyriologie et d'Archeologie Orientale* 2 (III). 1891.: PARIS, Pierre. "Essai sur l'arte l'industrie del'Espagne Primitive" Paris, 1903.

<sup>25</sup> MATINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid. Ediciones Cátedra. 1997. Edición María Martínez del Portal. Capítulo XVI. Primera parte. p. 197.

logos españoles ante este descubrimiento, la polémica suscitada a partir del año 1881 por el arqueólogo alemán Emilio Hübner, que cuestionó la autenticidad de algunas esculturas halladas en el Cerro de los Santos.

En mi opinión, hay un marcado interés por parte de Azorín, aunque si bien de forma velada, por resarcir en *La Voluntad* a Carlos Lasalde, ante el descrédito al que se vio sometido el escolapio, que intentó, yo diría que de manera obsesiva, demostrar el origen egipcio del santuario y su estatuaria, basándose en las inscripciones jeroglíficas de algunas de las esculturas vendidas por el relojero Amat al Museo Arqueológico Nacional en el año 1875.

Si nos atenemos al año de publicación de *La Voluntad*, año 1902, la tesis sostenida por Lasalde ya había sido superada por los trabajos del Emilio Hübner y Arthur Engel<sup>22</sup>, y especialmente por las aportaciones de Heuzey y Pierre Paris, que además de aclarar el asunto de las falsificaciones, vislumbraban en las esculturas un tipo de arte indígena, con claras influencias orientales, que a lo largo del siglo XX se irá definiendo como "arte ibérico". Así pues, la cronología propuesta por el escolapio en torno a los siglos centrales del II milenio a.C. para el inicio de la actividad en el santuario, coincidiendo con la XVIII dinastía de Egipto, momento en el que estimaba se produjo la colonización egipcia en la Península Ibérica<sup>23</sup>, serán rebajadas sensiblemente, situando ahora el siglo V a.C.

como momento inicial y el tránsito de los siglos III al II a.C.<sup>24</sup> como el final de su existencia.

Sin embargo, en el capítulo XVI de la primera parte de la novela se reafirman la tesis egipcias de Lasalde. Aun cuando debamos contar con el factor de la intemporalidad, como uno de elementos que caracterizan la novelística de Azorín, creo, que en este caso, subyace una clara intencionalidad en ello. Me parece significativo al respecto el siguiente fragmento:

«El P. Lasalde es un hombre bueno y un hombre sabio. Aquí en su cuarto de este colegio tan espacioso y soleado, él ha puesto cuatro o seis estatuas de las que ha desenterrado en el Cerro de los Santos. Y en los días buenos, mientras el sol entra en tibias oleadas por los balcones abiertos de para en par, Yuste y el P. Lasalde platican como dos sabios helénicos, ante estas estatuas rígidas, hieráticas, simples, con la soberana simplicidad que los egipcios ponían a su escultura»<sup>25</sup>

Así pues, son dos los capítulos de la novela, fundamentalmente, en los que viene reflejada la temática arqueológica. Dentro de ésta, y con especial incidencia figura el Cerro de los Santos y su estatuaria, y también el referente a la antigua ciudad de Ello. Ambas realidades arqueológicas, como veremos, quedaran relacionadas entre sí en la historiografía de finales del siglo XIX. En las dos nos

detendremos con detenimiento, sin olvidar que, y también en *La Voluntad*, en su capítulo III de la primera parte, se hace referencia a lo arqueológico, en concreto al Cerro de la Magdalena, lugar donde Lasalde quiso ver el asentamiento de pueblos celtas. De manera que podemos leer:

«Cae la tarde. Y al levantarse para regresar al pueblo el maestro ha observado que aquí, en estas lomas de la Magdalena, vivieron centenares de siglos antes unos buenos hombres que se llamaron Celtas, y muchos siglos después otros hombres buenos que se llamaban hijos de San Francisco, y que precisamente en estos parajes, unos y otros pasearon su fe ingenua y creadora, mientras ellos, hombres modernos, hombres degenerados, paseaban sus ironías infelices»<sup>26</sup>

Carlos Lasalde no solo abordó la arqueología en el Cerro de los Santos. Descubrió y prospectó otros yacimientos arqueológicos en el término municipal de Yecla. Fruto de estos trabajos será la publicación de varios artículos en *Semanario Murciano*, que a modo de capítulos pretendían conformar una Historia de Yecla y que dejó inconclusa<sup>27</sup>. Las tres primeras entregas refieren a su actividad arqueológica. Para el caso que nos ocupa dedicará el capítulo número II, bajo el epígrafe *Población céltica en Yecla*.<sup>28</sup> En él nos habla de primitivos pueblos celtas que se asentaron en el territorio yeclano, dedicados a la agricultura y el

pastoreo. Son varios los "yacimientos celtas" citados por Lasalde, tales como el Cerro de la Campana, Umbría del Fator, Sierra del Puerto, La Magdalena, el Arabilejo o Cerro de los Moros y el Cerro de la Perdiz. La cronología propuesta por Lasalde para estos establecimientos es, evidentemente, anterior a la colonización egipcia de mediados del II milenio a.C. Si bien es cierto que la cronología propuesta por el escolapio podría corresponder, con matizaciones, a la que en la actualidad admitimos para estos asentamientos; no podemos, sin embargo, dar por válida su adscripción cultural, fundamentalmente, porque este tipo de sociedades desconoce la metalurgia del hierro, tecnología que será introducida en la Península Ibérica ya entrado el I milenio a.C. y que desarrollarán los pueblos celtas e íberos, como consecuencia de influencias centroeuropeas, atlánticas y orientales (fenicios y griegos). Lo que Lasalde califica de "celtas" no son más que poblaciones indígenas con un relativo grado de desarrollo, dedicadas básicamente a la agricultura de subsistencia complementada con una ganadería estante, conocedoras de la metalurgia del bronce, y que debemos, por tanto, considerar propias de la Edad de Bronce, y más concretamente en lo que se ha venido a denominar Bronce Medio, que ocuparía los siglos centrales del II milenio a.C.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> *Ibidem* cita número 23. p. 159.

<sup>27</sup> Lasalde llegó a publicar un total de nueve capítulos de esta Historia de Yecla. La obra publicada cubre desde los primeros pobladores (celtas) hasta los Reyes Católicos.

<sup>28</sup> LASALDE, Carlos. Historia de Yecla. Capítulo II. *Semanario Murciano*. Año IV. Número 152. (1881).

<sup>29</sup> Véanse al respecto los siguientes trabajos: MARTINEZ PEÑAROLA, José, "la Prehistoria en el Altiplano del Norte de Murcia: estado actual de la investigación sobre el III y II milenio a.C." *Revista de Estudios Yeclanos*. *Yakka*. nº 8 (1997/1998). pp. 7-18.; SIMON GARCÍA, José Luis et al. *La Metalurgia en el Altiplano Jumilla-Yecla*. Prehistoria y Protohistoria. Jumilla: Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1999; RUIZ MOLINA, Liborio. *El Museo Arqueológico Municipal "Cayetano de Mergelina" de Yecla*. (Murcia). 130 años de actividad arqueológica en Yecla. Yecla, Ayuntamiento, 2000. pp. 26-35.

<sup>30</sup> HOYOS, Antonio de. "Personajes de piedra de La Voluntad". *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*. Murcia. Universidad. 1961-1962. p. 459.

<sup>31</sup> Ibidem nota 29.

<sup>32</sup> FERNÁNDEZ AVILES, Augusto. "Primeras investigaciones en el Cerro de los Santos.(1860-1870). Cuestiones de puntualización" *Boletín del seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*, Valladolid, 1949.

<sup>33</sup> Véase al respecto LOPEZ AZORIN, Fernando. *Yecla y el Padre Lasalde* Murcia, Universidad-Ayuntamiento de Yecla, 1994. p. 60. El autor puntualiza que un año antes de la visita de Aguado lo hace el presbítero José Brisca Mejía; véase además SÁNCHEZ GOMEZ, María Luisa. *El santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo. Albacete)*. Nuevas aportaciones arqueológicas. Albacete, Diputación Provincial, 2002. p. 61; AMADOR DE LOS RÍOS. José. "Algunas consideraciones sobre la estatuaria durante la monarquía visigoda". *El Arte en España. I-II (1862-1963)*

<sup>34</sup> GIMÉNEZ RUBIO. Pascual. *Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla*. Yecla, 1865. pp.46-47.

## El Cerro de los Santos y su estatuaria.

Afirmaba Antonio de Hoyos en su artículo *Personajes de piedra de La Voluntad*, publicado con motivo del homenaje que la Universidad de Murcia hizo al profesor Cayetano de Mergelina en 1961-1962, lo siguiente: "Un sabio natural de Elo, un hombre anciano, dos muchachas preyeclanas y un hierafonte con aire pedagógico, por un momento han sido personajes de La Voluntad. En esta corta peripecia de revivir el pasado tomó parte Antonio Azorín, el Padre Lasalde y el Maestro Yuste, y entre las piedras y los vivos comenzó la verdadera historia de las tierras altas del SE de España. La historia comienza disciplinada por la arqueología y el arte bajo el signo crítico del noventa y ocho"<sup>30</sup>. Razón tenía cuando indicaba que la "verdadera historia comienza a construirse a través y por medio de la arqueología, pues es Carlos Lasalde, un arqueólogo, quien inicia este camino, y es precisamente La Voluntad testigo de este acontecimiento". No se equivocaba tampoco Antonio de Hoyos cuando opinaba: "Las bases científicas que sentara el Padre Lasalde y el diálogo de Antonio Azorín y el Maestro Yuste, ayudó a que germinase una historia más crítica y rigurosa"<sup>31</sup>. Veamos por qué.

La primera noticia de la que tenemos constancia sobre el Cerro de los Santos nos la refiere Augusto Fernández de Aviles<sup>32</sup>, indicando que Juan de Dios Aguado y Alarcón, hombre relacionado

con el círculo oficial de arqueólogos españoles de la época, visita el yacimiento en el año 1860. Fruto de esta visita será un informe que elabora Aguado donde se detallan los hallazgos que había realizado. El referido informe fue remitido a la Academia de Bellas Artes San Fernando, dando constancia del mismo a la Real Academia de la Historia. Este primer trabajo de Aguado no se ha conservado, pero sabemos que sirvió de base, en el año 1862, a la primera publicación conocida sobre el Santuario del Cerro de los Santos y cuyo autor fue José Amador de los Ríos, que sostenía una filiación visigoda para las esculturas.<sup>33</sup>

El historiador local Pascual Giménez Rubio, en su *Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla*, publicada en el año 1865, nos da cuenta del hallazgo en el cerro, en 1860, de una escultura sedente fabricada en piedra y de pequeñas dimensiones. Refiere también la existencia en el lugar de abundantes y fragmentadas esculturas, que aventura en calificar de estilo egipcio y griego.<sup>34</sup>

Entre la edición de la *Memoria* de Giménez Rubio y la excavación arqueológica efectuada por Carlos Lasalde en el año 1870, aparece en escena Vicente Juan Amat, relojero y anticuario residente en Yecla, que a través del notario José Martínez Yuste y Juan Antonio Soriano, administrador del Marqués de Valparaíso, propietario del Cerro de los Santos, consigue permiso para excavar en el lugar donde se conocía de la existencia de restos arqueológicos. A resultados de la



excavación Amat consigue extraer y reunir un primer lote de esculturas compuesto en su totalidad por "cabezas", lo que auguraba para el anticuario un prometedor futuro comercial. El hallazgo es mostrado a Lasalde, que queda impresionado. Esto hará que en compañía de Amat, Yuste y Soriano, visite el lugar de la excavación. Sobre el terreno, Carlos Lasalde observa que han quedado semienterradas un importante número de esculturas, que le serán entregadas a Amat gracias a la mediación del escolapio con el administrador. La magnitud del descubrimiento hace que Lasalde recomiende nuevas excavaciones, esta vez bajo su intervención<sup>35</sup>. Producto de ellas será la publicación en el año 1871 de la *Memoria de las Notables Excavaciones Arqueológicas hechas en el Cerro de los Santos.*; y es, precisamente en este momento, cuando da comienzo la gran aventura arqueológica del Cerro de los Santos. La importancia que ha tenido y tiene este yacimiento arqueológico para la investigación ha sido trascendental, constituyendo un elemento referencial de primer orden para definir el arte y la cultura ibérica en el SE y el Levante peninsular.

La Lectura de la *Memoria* de Lasalde nos ofrece el reflejo de un trabajo ordenado y coherente, que obedece a una metodología orientada no hacia el hallazgo de la pieza o piezas en sí, sino a poner en relación éstas con su contexto arqueológico. Para ello, se hace necesario un riguroso trabajo descriptivo y de documentación gráfica del conjunto de mate-

riales hallados, no solo escultóricos sino también cerámicos, metálicos y de diversa naturaleza.

En síntesis, las conclusiones a las que Lasalde llega en su *Memoria* son las siguientes:

El templo o adoratorio había sido construido por el pueblo Bastitano-Olcade, bajo la órbita de influencia egipcia. Suponía que la cultura egipcia había colonizado la Península Ibérica coincidiendo con el gobierno de la XVIII dinastía.

Las cronologías fijadas por Lasalde para la actividad del santuario abarcaban desde mediados del II milenio a.C hasta finales del siglo III a.C. La desaparición del santuario se había producido de forma violenta, siendo destruido por el cartaginés Aníbal en el transcurso de la II Guerra Púnica (218-206 a.C)

Las esculturas, consideraba Lasalde, tenían un carácter votivo (exvotos) u oferente hacia la divinidad tutelar del templo.

El trabajo de Lasalde abrió una primera corriente de investigación que ha venido a denominarse como "tesis orientalistas". Esta corriente, vigente en España en el último cuarto del siglo XIX, estará plenamente influenciada por los grandes descubrimientos arqueológicos que se estaban produciendo en la época,

<sup>35</sup> LOPEZ AZORIN, Fernando. Yecla y el Padre Lasalde. Murcia, Universidad-Ayuntamiento, 1994. p. 62-65; LOPEZ AZORIN, Fernando y RUIZ MOLINA, Liborio. "El Padre Lasalde y la Colección Ibérica del Museo de Yecla (1873-1900)." *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo.* (Coordina Juan Blaquez Pérez). Madrid: Universidad Autónoma-Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2000. pp. 39-50.

<sup>36</sup> RADA Y DELGADO. Juan de Dios. *Antigüedades del Cerro de los Santos en el termino de Montealegre. Discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1875.; FERNANDEZ GUERRA. A. *Contestación al Discurso de Ingreso de Juan de Dios de la Rada Y Delgado a la Real Academia de la Historia*. Madrid. 1875.

<sup>37</sup> A la campaña de excavaciones arqueológicas efectuada por Carlos Lasalde en 1870 le sucederán: Paulino Savirón en 1871; Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Albacete en 1879; Arthur Engel 1891; Juan Zuazo Palacios en 1914; Augusto Fernández de Aviles en 1962 y Teresa Chapa Brunet en 1979. 1980. 1981. Véase al respecto y en detalle SÁNCHEZ GOMEZ. María Luisa. *El santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo. Albacete). Nuevas aportaciones arqueológicas*. Albacete, Diputación Provincial. 2002. pp. 60-69.

<sup>38</sup> Véase al respecto LOPEZ AZORIN. Fernando. *Yecla y el Padre Lasalde*. Murcia, Universidad-Ayuntamiento de Yecla, 1994. pp. 178.

tanto en Egipto como en Asia Menor. Dentro de ella destacarán con luz propia Juan de Dios de la Rada y Delgado y Aureliano Fernández Guerra. El primero, considerará que las esculturas del Cerro de los Santos tenían un origen greco-egipcio y que el templo debió tener las funciones de observatorio astronómico, siendo regentado por una casta sacerdotal de corte osiriaco, concedora de la antigua ciencia caldea. Este centro de culto mantendría su actividad hasta el siglo V d.C. En cuanto al segundo, sostuvo que el Cerro de los Santos era el lugar donde se localizaba la "mansio" romana denominada Pales, que venía referenciada en los Vasos de Vicarello, en concreto en el tramo de la Vía Augusta que unía Cástulo con Saetabis. Consideraba igualmente que Pales debía ser un arrabal de la ciudad de Ello<sup>36</sup>, realidad arqueológica de la que nos ocuparemos mas adelante. Conviene recordar que los referidos vasos fueron hallados en Italia en el año 1852 y que en uno de ellos se describe el trazado de la Vía Augusta que unía Cádiz con Roma, indicando las distintas estaciones o etapas en su recorrido y las distancias en millas entre éstas. Los vasos de referencia han sido fechados en época del Principado de Augusto, es decir, a fines del siglo I a.C.

Lasalde, ciertamente, había conseguido despertar el interés por el Cerro de los Santos en la comunidad científica. De hecho, y a partir de su excavación en 1870, las sucesivas intervenciones arqueológicas en el yacimiento tendrán to-

das un carácter oficial.<sup>37</sup> Sin embargo, su prestigio como arqueólogo se verá seriamente dañado cuando se cuestione la autenticidad de varias piezas, supuestamente procedentes del Cerro de los Santos y suministradas por el relojero Amat al Museo Arqueológico Nacional.

Amat, tras efectuar las primeras excavaciones en el cerro, había conseguido introducirse en el ambiente de la compra-venta de antigüedades, a niveles que sobrepasaban el propio ámbito local. La venta del primer lote de piezas, aproximadamente unas cuarenta en número, le había procurado una relativa solvencia económica, que le permitió ir aumentando sus transacciones comerciales. Son varios los lotes que consigue vender al Museo Arqueológico Nacional entre los años 1871 y 1885, en concreto se han documentado seis, arrojando un total de 365 piezas escultóricas y 49 piezas diversa naturaleza (cerámicas, vidrios, objetos metálicos etc.), resultando que 33 de las esculturas eran falsas. Además, y como problema añadido, no todo el material escultórico considerado como auténtico procedía del Cerro de los Santos. Por todo ello, Amat, recibió del Museo Arqueológico Nacional la respetable cantidad de 47,230 pesetas.<sup>38</sup> El negocio, pues, resultaba más que rentable y la estrategia planteada en las ventas parecía la idónea: en cada uno de los lotes vendidos iba colocando un pequeño número de falsificaciones.

Consciente Amat de la tesis que sostenía Lasalde en cuanto al origen del

santuario, y advirtiendo que el Museo Arqueológico Nacional no había reparado en las falsificaciones de la primera y la cuarta venta ( años 1871 y 1872, con 8 y 9 piezas respectivamente), decide incluir en el lote vendido en 1875 diez nuevas piezas falsas. En esta ocasión su osadía llega a extremos de alto riesgo. En ellas hay un pronunciado estilo egipcio, no solo por la técnica en la ejecución de las esculturas sino también por la propia iconografía de las representaciones: Horus, Osiris e Isis. Para acentuar más su filiación, incluye en cinco de ellas inscripciones jeroglíficas.<sup>39</sup> Ello evidencia, en mi opinión, que el anticuario había valorado en exceso la hipótesis de Lasalde, viendo en ella un seguro a perpetuidad de su particular negocio. Pensemos que desde que Lasalde publica la *Memoria* en el año 1871, en la que plantea el origen egipcio del santuario, y hasta el año 1875 en que se produce la venta del lote de esculturas antes referenciado, nada había en los restos arqueológicos que permitieran demostrar de forma concluyente la tesis del escolapio. De manera que, Lasalde, conocedor de estas nuevas piezas, volcará todo su esfuerzo en estudiar las inscripciones jeroglíficas, consiguiendo descifrar el significado de las mismas. Para él, esto suponía tener la prueba irrefutable de lo que hasta la fecha había venido sosteniendo. Debió sentir, sin duda, lo que nos refiere *La Voluntad* en el Capítulo XVI de la primera parte, recordemos:

<<Es nervioso, excesivamente nervioso; a veces cuando experimenta una satisfacción o un disgusto, sus manos tiemblan y todo su cuerpo vibra estremecido.>><sup>40</sup>

Hasta tal punto debió llegar la obsesión de Lasalde por lo egipcio en referencia al santuario, confiado como estaba ante la coherencia resultante en la interpretación de los signos jeroglíficos, lo que venía a reafirmar su convencimiento en la incapacidad de Amat para falsificar tales piezas, no solo por la pericia técnica para esculpir la piedra sino también por la falta de conocimientos en arte y arqueología que creía en el anticuario, que incluso no atendió a las consideraciones de uno de sus colaboradores en las excavaciones, el Padre Sáez, que ya en el año 1871 había puesto bajo sospecha a Amat, tras la primera venta efectuada al Museo Arqueológico Nacional.<sup>41</sup>

Lasalde, en la creencia de lo trascendental de su descubrimiento, publicará en *Semanario Murciano* en el año 1880 el estudio de las piezas que contenían las inscripciones jeroglíficas, incluyendo un detallado trabajo de transcripción e interpretación de las mismas.<sup>42</sup>

En mi opinión, Lasalde estaba en lo cierto, al pensar que Amat era incapaz de falsificar estas piezas o cualquier otra de las que había vendido al Museo Arqueológico Nacional; pero de la misma manera creo, que subestimó hasta donde era capaz de llegar como anticuario. Mas, si no las falsificó él ¿quién lo hizo? Hasta

<sup>39</sup> Véase al respecto y en detalle la venta de este lote en LOPEZ AZORIN, Fernando. *Yecla y el Padre Lasalde*. Murcia, Universidad-Ayuntamiento de Yecla, 1994. p. 122.

<sup>40</sup> MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid. Ediciones Cátedra, 1997. Edición de María Martínez del Portal. Capítulo XVI. Primera parte, p. 197.

<sup>41</sup> LOPEZ AZORIN, Fernando. *Yecla y el Padre Lasalde*. Murcia. Universidad-Ayuntamiento de Yecla, 1994. p. 116-117.

<sup>42</sup> LASALDE, Carlos. "Inscripciones Hispano-Egipcias". *Semanario Murciano*, 1880. Año III. nº 115. 118, 119 y 120.

<sup>43</sup> GIMÉNEZRUBIO, Pascual. *Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla*. Yecla. 1865. p. 46-47.

<sup>44</sup> PARIS, Pierre. "Essai sur l' Art et l'industrie de l'Espagne primitive" París. 1903: MELIDA. José Ramón. *Arqueología Española*. Barcelona. 1929.

la fecha no se ha podido despejar este interrogante. Se admite que estas falsificaciones pudieron ser adquiridas por Amat fuera de Yecla, en alguna de sus muchas transacciones comerciales efectuadas en Valencia, Cataluña o Andalucía. Sin embargo, cabe la posibilidad de que estas falsificaciones fuesen realizadas en Yecla por una tercera persona, que en estrecha relación con Amat participaría del negocio. Nos referíamos con anterioridad, a que el historiador local Pascual Giménez Rubio, en su *Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla*, daba la noticia del hallazgo en el año 1860, en el paraje de la Hoya de Los Santos, de una pequeña escultura sedente fabricada en piedra y de pequeñas dimensiones. En opinión del propio Giménez Rubio parecía "ser imitación de una momia egipcia por el aire de su traje y aptitud; aunque por su aspecto también podía ser un ídolo del gentilismo". Sin embargo, nos oculta la identidad del descubridor, indicando al respecto que fue "un lapidario y escultor francés" establecido en Yecla.<sup>43</sup>

La posible relación de este lapidario y escultor con Amat parecen cobrar sentido, máxime cuando al consultar el Libro- Padrón de Habitantes de 1861 -1862 en el Archivo Histórico de Yecla, comprobamos que el único francés residente en la localidad es un tal Carlos Bollier, de 32 años de edad y de profesión picapedrero. Sin duda, se trata del lapidario al que se refiere Giménez Rubio. Dejaremos, pues, abierta esta posibilidad para futuros trabajos.

A pesar del grave error cometido por Lasalde y que en su momento vino a enturbiar en cierto modo su prestigio como arqueólogo, hemos de reconocer, que la excavación y posterior publicación de la *Memoria* abrieron una nueva línea de investigación sobre un periodo histórico de la Península Ibérica desconocido, y por tanto no definido. Conseguió también despertar el interés en prestigiosos arqueólogos de la época, lo que procuró una intensa labor de investigación en torno al Cerro de los Santos, que se ha mantenido activa a lo largo de los últimos ciento treinta años.

Así, a las primeras y tímidas especulaciones ofrecidas por las tesis orientalistas en el último cuarto del siglo XIX, les sucederán a comienzos del siglo XX, los trabajos de Pierre París y Melida. Estos, aún cuando admitían un fuerte componente orientalista en las esculturas, apuntaban ya hacia la definición de un "arte indígena" influenciado por el arte grecoitalico, fijando como periodo de actividad del santuario el comprendido entre los siglos V a.C al III a.C.<sup>44</sup> Durante el primer tercio del siglo XX, y como consecuencia de los extraordinarios avances que se estaban produciendo en Europa en el estudio del mundo griego, surgirá en nuestro país una nueva comente historiográfica: la denominada "filo helénica". Se proponía ahora un nuevo replanteamiento en los trabajos de investigación orientados a esclarecer el origen del arte ibérico, lo que traería como consecuencia que el Cerro de los

Santos y su estatuaría cobraran de nuevo una importancia de primer orden. El máximo exponente de esta corriente en España será Bosch Gimpera, que considerará el periodo comprendido entre los siglos VI a. C. y el siglo IV a.C. como el momento en el que habría que situar el arte ibérico, siendo éste consecuencia de una fuerte influencia griega, ejercida a través del contacto de las colonias establecidas en la Península Ibérica.<sup>45</sup>

A partir del segundo tercio del siglo XX nuevos planteamientos apuntan hacia la definición de un "arte íbero romano". Serán García Bellido y con posterioridad Fernández de Avilés los que desarrollen esta nueva línea de investigación. Cuestionando el paralelismo que había establecido Bosch Gimpera entre el arcaísmo griego con el denominado "pseudarcaísmo ibérico", sostienen que el arte ibérico no es más que una manifestación autóctona, cuyo desarrollo hubo de producirse en época republicana romana. En cuanto a la actividad en el santuario, las excavaciones practicadas en él por Fernández de Avilés permitieron establecer una secuencia cronológica más o menos amplia, que fijaba sus extremos entre los siglos IV a.C y IV d.C.<sup>46</sup>

La década de los ochenta del siglo pasado supondrá para la investigación un periodo que podríamos calificar de "revisionista", pues se incide, fundamentalmente, y para el caso de las esculturas procedentes del Cerro de los Santos, en estudios descriptivos tipológicos e iconográficos, y como resultado se proponen

nuevas interpretaciones en torno a la funcionalidad del santuario. De manera que para Mónica Ruiz Bremón estaríamos ante un centro de peregrinación donde acudirían los fieles devotos atraídos por el carácter terapéutico de la zona, en relación con la ingestión de aguas medicinales,<sup>47</sup> y para Encarnación Ruano Ruiz el santuario sería un centro geopolítico, al que acudirían personajes de alto rango para firmar pactos o acuerdos de especial interés para las comunidades indígenas de la época.<sup>48</sup> En ambos casos la cronología propuesta nos situaría entre el siglo V a. C y el siglo I a. C.

Años antes el investigador francés Pierre Silliérs identificó la mansio romana ad Palem, referenciada en los Vasos de Vicarello, en las proximidades del Cerro de los Santos, por lo que interpretó que el santuario estaba erigido a la diosa de la fecundidad, La Diosa Madre, representada por la diosa romana Pales, protectora de cosechas y ganados. La proximidad del santuario a la Vía Augusta había resultado ser determinante para la introducción de este culto, a partir del siglo II a.C.<sup>49</sup>

A fines del siglo pasado, Sebastián Ramallo establece una serie de paralelos arquitectónicos entre el Santuario de la Encarnación de Caravaca y el Cerro de los Santos, estimando que en este último debió producirse, en el tránsito de los siglos II a.C al I a.C, una monumentalización del santuario, siguiendo patrones itálicos. Tal circunstancia, advierte, no implica en modo alguno que con

<sup>45</sup> BOSCH GIMPERA, P. *Emología de la Península Ibérica*. Barcelona. 1932. Véase también en cuanto a la aportación de la Universidad de Barcelona a la investigación de la cultura Ibérica el trabajo: GRACIA ALONSO, Francisco y MUNILLA CABRILLANA, Gloria "La Universidad de Barcelona y la investigación sobre la Cultura Ibérica. De Bosch Gimpera a Maluquer de Motes. (1916-1988)" *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo*. Coordina Juan Blánquez Pérez. Madrid: Universidad Autónoma-Caja de Ahorros del Mediterráneo. 2000. pp. 169-208.; véase también ARANEGUI GASCO, Carmen. "El profesor Tarradellas y su contribución a la Investigación sobre la Cultura Ibérica". *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo*. (Coordina Juan Blánquez Pérez). Madrid: Universidad Autónoma-Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2000. pp. 163-163-168.

<sup>46</sup> GARCÍA BELLIDO, Antonio. "Algunos problemas de arte y cronologías ibéricas" *Archivo Español de Arqueología*, L. 1943; "Dos esculturas ibéricas" *Archivo Español de Arqueología*, XVI, 1943; "Dos datos cronológicos relativos a la escultura y epigrafías ibéricas" *Estudios dedicados a Menéndez Vidal*. Tomo III. Madrid, 1952. "Arte Ibérico" *Historia de España Menéndez Pidal*, 1.3. Madrid, 1954; FERNÁNDEZ AVILES, Augusto. "La escultura del Cerro de los Santos". LA Colección Velasco (Museo Antropológico) en el Museo Arqueológico Nacional" *Archivo Español de Arqueología*, XVI. 1943; "Escultura del Cerro de los Santos. La colección del Colegio de PP. Escolapios de Yecla". *Archivo Español de Arqueología*, 70. 1948; "Escultura del Cerro de los Santos. La colección del Museo de Albacete" *Publicaciones del Seminario de Historia y Arqueología de Albacete*, 1962.; "Excavaciones en el Cerro de los Santos (1962)". *Noticario Arqueológico Hispánico*. VI. 1-3. 1964. ; "Excavaciones Arqueol-

lógicas en el Cerro de los Santos" (2ª Campaña)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*. VII., 1965; *El Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete). Primera Campaña*. 1962. Excavaciones Arqueológicas en España, 55. 1966.

<sup>47</sup> RUIZ BREMON, Mónica. *Los exvotos del Santuario ibérico del Cerro de los Santos*. Albacete, Instituto Estudios Ibéricos, 1989.

<sup>48</sup> RUANO RUIZ, Encarnación. "El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): una nueva interpretación del Santuario" *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*. 15. pp. 253-273.; *La escultura humana en piedra en el mundo ibérico*. Madrid. 1987.

<sup>49</sup> SILLIERES. Piare. "Pales y la desée du Centro de los Santos". *VIII Simposio de Prehistoria Peninsular*. Córdoba, 1976. : "Le Camino de Anibal. Itineraire des gobelets de Vicarello, de Cástulo a Saetabis". *Miscelánea de la Casa de Velásquez*. 13. 1977. pp. 31-83.

<sup>50</sup> RAMALEO ASENSIO. Sebastián, y otros. "El Cerro de los Santos y la monumentalización de los Santuarios Ibéricos tardíos" *Revista de Estudios Ibéricos*. 3. 1998. pp. 11-70.; RAMALEO ASENSIO, Sebastián y BROTONS YAGÜE, Francisco. "El Santuario Ibérico del Cerro de los Santos" *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un Homenaje a la Memoria*. (Coordina Juan Blánquez Pérez y Lourdes Roldán) Madrid, Universidad Autónoma-Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1999. pp. 169-175.

<sup>51</sup> SÁNCHEZ GÓMEZ, María Luisa. *El Santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) Nuevas aportaciones Arqueológicas*. Albacete, Instituto de Estudios Albacelenses, 2002.

<sup>52</sup> HOYOS, Antonio de. "Personajes de piedra en La Voluntad" *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*. Murcia, Universidad, 1961-1962. p. 460.

anterioridad no fuese utilizado por la población indígena como centro de culto, al menos desde el siglo IV a.C.<sup>50</sup>

La última monografía publicada sobre el Cerro de los Santos se debe a María Luisa Sánchez Gómez. Tras acometer una magnífica síntesis de la actividad arqueológica desarrollada en el cerro en los últimos ciento cuarenta años, aborda el estudio de materiales arqueológicos no escultóricos, por lo general no tenidos en cuenta o poco considerados en estudios precedentes, que han venido a sustentarse, principalmente, en el análisis de la estatuaria. Este trabajo de revisión, basado en los materiales arqueológicos procedentes de la campaña de excavaciones del año 1963 efectuadas por Fernández de Aviles, ha hecho reconsiderar, en algunos casos y verificar en otros, aspectos cronológicos y funcionales del santuario. Parece, pues, una evidencia, que aun cuando el centro de culto esté activo al menos desde el siglo IV a.C. no será hasta el siglo II a.C. cuando se produzca ese proceso de monumentalización al que hacíamos referencia. Será en este momento cuando se operen transformaciones en las formas, que no solo afectarán a los modelos iconográficos de la estatuaria, sino que serán apreciables en cambios sociales sustanciales. Así, los nuevos signos externos serán asumidos de manera inmediata por las oligarquías locales, para mantener su estatus de privilegio. El culto hubo de mantenerse al menos hasta principios del siglo I d.C. La causa de su desaparición debió producir-

se como consecuencia de la introducción e imposición, como religión oficial del Imperio Romano, del culto al Emperador. Por lo que respecta a los rituales practicados en el santuario, Sánchez Gómez, considera que no solo la estatuaria tiene el carácter de exvoto, sino también otro tipo de materiales de menor entidad, tales como: pequeñas figurillas de terracota, objetos de adorno personal, armas, etc. Lo que le lleva a interpretar que hubo de existir una jerarquización en las propias ofrendas, reflejo sin duda de la propia jerarquización social. Los elevados porcentajes de vasitos caliciformes y su representación entre las manos de las esculturas oferentes apunta hacia rituales de libaciones, que bien podrían estar en relación con aguas medicinales o salutíferas, tal y como apuntó en su momento Ruiz Bremón.<sup>51</sup>

Para concluir con lo referente al Cerro de los Santos y su estatuaria, me remito al acertado criterio de Antonio de Hoyos, cuando indicaba: "El buen sentido del Padre Lasalde y su acreditada intuición facilitó el acceso al pasado, y desde el tiempo de La Voluntad hasta ahora las cosas han cambiado. Los nuevos hallazgos lo confirman, al tiempo que la idea etnológica se ve rigurosamente protegida por la historia y la filología. La piedra modelada que hoy puede contemplarse en la ciudad de Yecla es voz autorizada del pasado, y este testimonio nos conecta con el rumor de unas edades ya míticas y popularmente legendarias"<sup>52</sup>

## La misteriosa Elo.

Bajo este epígrafe aparece el capítulo XV de las *Confesiones de un pequeño filósofo*, novela de Azorín publicada dos años después de *La Voluntad*. La influencia de Lasalde de nuevo está presente. El escolapio había admitido como válidas las consideraciones de Fernández Guerra, que en el año 1862 sostenía que la "mansio" romana denominada Ad Palem, referenciada como vimos en los Vasos de Vicarello, debía identificarse con el Cerro de los Santos, estimando que este santuario era un pequeño arrabal que formaba parte de la ciudad de Ello, localizada en las inmediaciones del Monte Arabí.<sup>53</sup> De manera que, ambas realidades, Cerro de los Santos y la ciudad de Ello eran una misma cosa, y por tanto compartían un origen común. Si en las *Confesiones* Azorín dedica un capítulo completo a la enigmática y misteriosa Elo, en *La Voluntad* solo hay dos referencias, una en el prólogo y otra en el capítulo XVI de la primera parte, aunque en ambos casos coherentes con las tesis historiográficas de la época. El reflejo literario de esta realidad histórica viene expresado en los siguientes términos:

*<< Y yo quiero imaginar una cosa notable; no os estremezcáis. Yo imagino que estos labriegos y estas viejas llevan en sus venas un átomo de sangre asiática... Desde la ciudad, si vais a ella, veréis en la lejanía la cima puntiaguda y azul del Monte Arabí; a sus pies se extiende*

*una inmensa llanura solitaria y negruzca. Y en esta llanura, sobre las mismas faldas del Monte Arabí, se alzaba una ciudad espléndida y misteriosa, dominada por un templo de vírgenes y hierafontes, construido en un cerro. No se sabe a punto fijo, a pesar de las minuciosas investigaciones de los eruditos, que pueblos y que razas vinieron en la sucesión de los tiempos.»*<sup>54</sup>

La tesis que sostenía la relación de la ciudad de Ello con el Cerro de los Santos, identificado como lugar de asentamiento del templo erigido en honor de la diosa Pales, contemplaba al Cerro de los Moros o Arabilejo (Monte Arabí) como lugar donde se ubicaría la referida ciudad. Estas consideraciones se mantuvieron vigentes hasta bien entrado el siglo XX.<sup>55</sup> Sin embargo, hubo un error de partida por parte de Fernández Guerra en su propuesta de trazado de la Vía Augusta. Para el tramo comprendido entre Chinchilla (Saltigi) y Ad Turres (en las proximidades de Fuente la Higuera), se intercalaban dos estaciones o finales de etapa: Ad Palem (en las proximidades del Cerro de los Santos, probablemente en la actual Venta de los Hitos) y Ad Aras (en las proximidades de la actual Caudete). La interpolación en este tramo de la mansio Ad Ello, que corresponde a otro tramo viario distinto, en concreto al denominado Itinerario de Antonino, del siglo II d.C, es el origen de este error. El Itinerario de Antonino venía a unir Cartago Nova (Cartagena) con la vía augusta a

<sup>53</sup> FERNÁNDEZ GUERRA, Aureliano. *Contestación al discurso de E. Saavedra en la Academia de la Historia*. 1862.

<sup>54</sup> AZORÍN. *Las Confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid. Espasa-Calpe. 2000. 10ª edición por José María Martínez Cachero.

<sup>55</sup> Véase al respecto además del ya citado Fernández Guerra: LASALDE, Carlos. "Historia de Yecla" *Semanario Murciano*. Año IV. 1881. Capítulo VI.: SIMONET, F. *Historia de los Mozárabes en España*. Madrid. 1997-1903; AMADOR DE LOS RÍOS, M. *Murcia y Albacete*. Madrid, 1888; MERINO ALVAREZ, G. *Geografía Histórica de la Provincia de Murcia*. Madrid. 1915; ZUZO PALACIOS, J. *La villa de Montealegre y el Cerro de los Santos*, 1915.

<sup>50</sup> Véanse al respecto los trabajos: RUIZ MOLINA, Liborio Y MUÑOZ LOPEZ, Francisco. "Las vías romanas de comunicación de época romana en al comarca de Yecla." *Symposium Vías Romanas en el SE*. Murcia, Universidad, 1988. pp. 67-74.

<sup>51</sup> La traducción se debe a Al-Ahwani; véase también MOLINA LOPEZ, Emilio. "La Cora de Tudmir según al-Udri (siglo XI). Aportaciones al estudio geográfico y descriptivo del SE peninsular". *Cuadernos Historia del Islam*, 4. Serie Monografías, 3. 1972.

<sup>58</sup> HUICI MIRANDA, A. *Historia de los musulmanes de Valencia y su región. Novedades y rectificaciones*. Valencia. 1969-1970.

<sup>59</sup> Además de Huici Miranda véase también: MOLINA LOPEZ, E. "Iyyu(h): otra ciudad yerma hispano-musulmana" *Cuadernos de Historia del Islam*, 3. 1971 pp. 67-84; VALLBÉ BERMEJO, J. "La división territorial de la España musulmana (II): la Cora de Tudmir (Murcia)" *Al-Andalus*. XXXVII, 1972. PP. 129-146.

<sup>60</sup> Sobre el itinerario de Al-Udri, véase CARMONA GONZALEZ, Alfonso. "Las vías de comunicación en época árabe" *Caminos de Murcia*. Murcia, 1988. p. 156.

<sup>61</sup> LIOBREGAT CONESA, E. *Teodomiro de Orihuela: su vida y su obra*. Alicante, 1973.; *Nuestra Historia*. Valencia. 1980.

<sup>62</sup> GONZALEZ BLANCO, Antonio. "La Historia del SE peninsular entre los siglos III-VIII d. C. (Fuentes literarias, problemas y sugerencias)" *Antigüedad y Cristianismo II*. Murcia. Universidad, 1985. pp. 35-80; "Yecla en los siglos de la Antigüedad Tardía" *Actas I Jornadas de Historia de Yecla. Homenaje a Cayetano de Mergelina*, 1986. Yecla, 1987 pp. 63-74; NAVARRO POVEDA, A. "El Monastil" *Arqueología de Alicante, 1976-1986*, Alicante. 1986. pp. 104-195; *El poblado ibero-romano de El Monastil*. Alicante, 1988; "La sede episcopal visigoda de Elo" (Elda-Alicante). *Adellum* 20-28, 1988.; "La creación de la sede episcopal de Ello en la expansión toledana a fines del siglo VI en el SE hispánico" *Conci*

través de Thiar(?), Illici (Elche), Aspis (Aspe?) y Ad Ello, para converger desde este punto con Ad Turris.<sup>56</sup>

Con la publicación en el año 1965 del texto del geógrafo árabe del siglo XI al-Udri<sup>57</sup>, titulado *Fragmentos geográficos históricos...*, se abren nuevas expectativas revisionistas en torno a la ciudad de Ello y en general a los trazados viarios de época romana y altomedieval. El geógrafo en cuestión ofrece una versión del Pacto de Tudmir, firmado por Teodomiro en el año 713, tras la invasión árabe de la Península Ibérica. Este acuerdo venía a ser un compromiso de no agresión, por parte de las fuerzas de ocupación, hacia un amplio territorio del SE peninsular conformado por un conjunto de ciudades entre las que figuraba una bajo el topónimo Iyi(h).<sup>58</sup> A partir de esos momentos la historiografía asoció el topónimo Iyi(h) con la Ello romana, proponiendo su ubicación en las proximidades de la actual Hellín<sup>59</sup>. Se reforzaba tal consideración con el itinerario que el propio Al-Udri nos refería para unir Cartagena con Chinchilla, donde aparecía como etapa intermedia, entre las localidades de Cieza y Tobarra, una ciudad denominada medinat Iyi(h), correspondiendo al actual emplazamiento de Minateda (Hellín)<sup>60</sup>.

Lo que parecía resultar una evidencia irrefutable ante la clara correspondencia entre la toponimia y las fuentes escritas árabes, caía en clara contradicción con lo que sostenía en ese momento Llobregat Conesa, que en razón a la información que aportaban los itinerarios ro-

manos localizaba Ello en las proximidades de la actual Elda, en concreto en el yacimiento arqueológico de Monastil. Sostenía igualmente que en este lugar se instaló la sede episcopal elotana a fines del siglo VI y principios del siglo VII, bajo el dominio visigodo. Todo ello significaba que la Iyi(h) del Pacto y la Ello visigoda eran una misma cosa<sup>61</sup>. En apoyo a la tesis de Llobregat se sumaron los trabajos de Gonzalez Blanco, Navarro Poveda y Rubiera Matas<sup>62</sup>. Además de Elda como posible área de ubicación de la ciudad de Ello, también se proponían otras localizaciones, tales como Totana (Murcia)<sup>63</sup> o la Villa Vieja de Cieza,<sup>64</sup> aunque sin un fundamento sólido.

En este estado de la cuestión Robert Pocklington lanzará una nueva propuesta. En ella, y tras un detenido análisis historiográfico y de las fuentes escritas árabes, llega a advertir una falta de correspondencia en la información que el geógrafo al-Udri nos da sobre la situación geográfica de Iyi(h). Por una parte, y como ya vimos, la situaba entre Cieza y Tobarra, relacionándola, y he aquí la contradicción, con el suceso que se produce en las proximidades del río Lorca y que desencadenó la guerra civil entre los grupos tribales de los yemeníes y los mudarríes, provocando la intervención directa del ejército del emir Abd al-Rahman II, que sofoca la revuelta y destruye la ciudad que hasta la fecha había sido capital del territorio de Tudmir, fundando una nueva ciudad como capital de la Cora, Murcia. De manera que Pocklington su-



gería la posibilidad de la existencia de dos lugares bajo un mismo topónimo; es decir, medinat Iyi(h), situada en el Tolmo de Minateda e Iyi(h) identificada con la ciudad del Pacto de Tudmir, que debía corresponder a la Ello romana y posterior sede episcopal<sup>65</sup>.

Esta propuesta pareció tomar cuerpo y se barajó la posible ubicación de la Iyi(h) del Pacto en las proximidades de Algezares (Murcia), lugar donde se asienta una basílica paleocristiana.<sup>66</sup> En apoyo a esta tesis Carmona González publica varios trabajos en los que intenta compatibilizar la información de las fuentes escritas árabes con un razonamiento muy sugerente, indicando que la Ello visigoda debió denominarse Tudmir hasta la conquista árabe, por lo que este nombre no solo definiría el territorio de una Cora o provincia, sino también el de la ciudad destruida en el primer tercio del siglo IX.<sup>67</sup> El propio marco geográfico en el que se localiza la actual Algezares también hizo que yacimientos próximos como Verdolay o el Castillo de Los Garres fuesen vistos como lugar de asentamiento de Ello, quedando asociada a ellos la basílica paleocristiana antes referenciada. De esta manera, volvía a cobrar vigencia la vieja propuesta formulada por Gómez Moreno a mediados de la década de los sesenta del siglo XX<sup>68</sup>, y que en su momento pasó desapercibida a la historiografía de la época. Sin embargo, el planteamiento teórico no vino refrendado por la arqueología. Tanto en el Castillo de Santa

Catalina (Verdolay) como en el de Los Garres no parece documentarse un nivel de ocupación que corresponda con la secuencia cronológica establecida entre principios del siglo VIII y el primer tercio del siglo IX.<sup>69</sup>

En el año 1996, Sonia Gutiérrez publica una amplia monografía sobre los trabajos arqueológicos efectuados en el Tolmo de Minateda (Hellín). En ella no parecen quedar dudas que el topónimo Iyi(h), referenciado por el geógrafo al-Udri, se corresponde con el Tolmo. Igualmente, propone la diferenciación de lo que considera dos realidades distintas: por un lado la Ello romana y de otro, la Iyi(h) del Pacto<sup>70</sup>. La propia Sonia Gutiérrez en el año 2000, vuelve a incidir en el tema y plantea ahora la posible relación entre Medinat Iyi(h) (Tolmo de Minateda) con la sede episcopal de Ello. A tal efecto, a los argumentos que han sostenido la posible ubicación de la sede episcopal en Monastil (Elda), contraponen las mismas argumentaciones para el caso del Tolmo. Refuerza sus consideraciones con los últimos hallazgos arqueológicos en Minateda: Un edificio destinado a basílica, de tres naves, con baptisterio tripartito, piscina bautismal cruciforme, etc. La presencia de un conjunto arquitectónico monumental en la parte alta del yacimiento, aún por excavar, formado por edificios de corte religioso o público, y la localización de otra basílica extraurbana, formando parte de un complejo funerario, le hacen barajar la posibilidad de identificar la Iyi(h) islámica con la sede

lio III de Toledo. XIV Centenario, 589. 1989. Madrid. 1991; RUBIERA, María José. *Villena en las calzadas romanas y Árabe*. Villena. 1985.

<sup>63</sup> GARCÍA ANTÓN, J. "Sobre los orígenes de Tudmir" *Antigüedad y Cristianismo II*. Murcia. 1985. pp. 369-383.

<sup>64</sup> YELO TEMPLADO, A. "La ciudad episcopal de Ello". *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía Y letras*. XXXVII. n° 1-2. 1978-1979.

<sup>65</sup> POCKLINGTON, R. "El emplazamiento de Iyi(h)" *Sarq-al-Andalus*, 4. 1987. pp. 175-198.

<sup>66</sup> MERGELLINA, Cayetano de. "La Iglesia bizantina de Algezares". *A relavo Español de Arqueología*, 40. 1940. pp. 5-32.

<sup>67</sup> CARMONA GONZALEZ. Alfonso. "Murcia ¿una fundación árabe? (Nuevos datos y conclusiones)" *Murcia musulmana*, 1989. pp. 85-150; "Recorrido por la geografía histórica de la ciudad de Murcia" *Guía islámica de la Región de Murcia*. Murcia, 1990. pp. 13-30.; "De lo romano a lo árabe: el surgimiento de la ciudad de Murcia" *LA ciudad islámica. Ponencias y Comunicaciones*. Zaragoza, 1991. pp. 291-302.

<sup>68</sup> GOMES MORENO, M. "Sugerencias Murcianas" *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*. Murcia, Universidad. 1961-1962. pp. 441-444.

<sup>69</sup> Véase al respecto los trabajos de: RAMALLO ASENSIO, Sebastián. "Informe preliminar de los trabajos realizados en la basílica paleocristiana de Algezares (Murcia)" *Memorias de Arqueología I (1985-1986)*. Murcia, 1991. pp. 298-307; MANZANO MARTINEZ, J. Y otros "El Castillo de Santa Catalina de Verdolay (Murcia): un hisn de época islámica" *Verdolay 3 (1991)* pp. 107-124; MATLLA SEIQUER, G. "El Castillo de los Garres. Una fortaleza tardía en la Vega de Murcia". *Antigüedad y Cristianismo V*. 1988. pp. 353-402.

<sup>70</sup> GUTIERREZ LLORET, Sonia. *La Cora de Tudmir. De la Antigüedad Tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*. Madrid-Alicante. 1996.

<sup>71</sup> GUITIERREZ LLORET, Sonia. "LA identificación de Medinat Iyi(h) y su relación con la sede episcopal elotana. Nuevas perspectivas sobre viejos problemas" *Scripta in Honorem A. Llobregat Conesa*. Alicante. 2000. T. I. Pp. 491-494.

<sup>72</sup> *Ibidem* nota 74. T.I p. 494.

episcopal elotana.<sup>71</sup> Con todo, la existencia de una o varias basílicas visigodas no implica necesariamente que el lugar se erigiera como sede episcopal. Mientras que la epigrafía no confirme su identificación como tal, solo podemos concluir que la presencia o no de este tipo de edificios, indica un mayor o menor grado de cristianización de un territorio. En cualquier caso, tal y como opina la propia Sonia Guitérrez: "esta ciudad visigoda, cabeza o no de un obispado, se islamizó y continuó habitada hasta el siglo IX, cuando se abandonó por la misma época en que el territorio de Tudmir comenzaba a integrarse en el Estado cordobés y se creaba una nueva capital, Murcia, a tal efecto."<sup>72</sup>

La posibilidad de contemplar el Tolmo de Minateda como lugar de asentamiento de la ciudad romana de Ello, convertida en sede episcopal a comienzos del siglo VII, y ser al tiempo la Iyi(h) del Pacto referida por el geógrafo al-Udri, comportaría que Iyi(h) debería corresponder al topónimo arabizado de Ello, y no Illunum, nombre por el que sabemos se conocía al municipio romano instalado en el Tolmo de Minateda a fines del siglo I a.C. Por otra parte, supondría hacer un replanteamiento de los itinerarios romanos donde aparece referenciada Ello, localizada relativamente cerca de Illici (Elche), circunstancia ésta, que no se produce para el caso de Minateda.

En resumidas cuentas, desde que Fernández Guerra abrió a fines del siglo XIX la controversia sobre la localización

de la Ello romana, la producción historiográfica al respecto ha sido muy abundante, sin que hasta la fecha se haya cerrado de manera concluyente. En mi opinión, y a la vista de los resultados que ha aportado la investigación, lo más coherente es, hoy por hoy, seguir admitiendo que estamos ante dos realidades distintas: La Iyi(h) islámica, cuyo antecedente romano es Illunum, y la Ella de las fuentes documentales medievales, que vendría a corresponder a la Ello romana. En este último caso, es decir, la Ella medieval en principio se identifica con la actual Elda. Por tanto, el yacimiento arqueológico de El Monastil sería el lugar más idóneo para su localización. Su situación geográfica parece corresponder con el trazado del Itinerario de Antonino, quedando ubicado entre Aspis y Ad Turrus. El empleo del acusativo "ad" está indicando una proximidad referencial a un núcleo de población cercano a la estación o mansio que sirve como final de etapa en el referido itinerario. Por tanto, no quedan cerradas otras posibilidades: Si Ad Ello lo identificamos con Monastil, la ciudad de Ello debería localizarse en un lugar próximo; si por el contrario identificamos la ciudad de Ello con Monastil, entonces deberíamos revisar con mayor precisión el trazado viario romano en el tramo comprendido entre Elche (Illici) y Ad Aras, a fin de poder determinar la localización de la mansio Ad Ello.

En cuanto al tema objeto de "discordia" en las dos últimas décadas: la hipotética existencia de una sede episco-

pal visigoda, creada a principios del siglo VII y que correspondería con la Ello romana, creo que deberíamos dejarlo un tiempo en "barbecho". Digo esto, porque probablemente se esté intentando resolver un problema que a lo mejor es irresoluble y que además se ha convertido para algunos, mas en una quimera que en una realidad arqueológica, y esto, a mi juicio, ha comportado asumir riesgos innecesarios y por demás baldíos, ya que ha mediatizado sobremanera los trabajos de investigación, fundamentalmente en El Monastil(Elda), dejando relegado a un segundo plano otros aspectos, que son de capital importancia para entender los mecanismos sociales, políticos y económicos que procuran un modelo de transición entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media.

En tiempo reciente, Antonino González Blanco aportó un dato en el que me parece que no hemos reparado o no hemos querido dar la importancia que tiene. Que sepamos, y hasta la fecha, la primera vez que aparece referenciada de manera explícita la sede episcopal elotana es con relación al Sínodo de Toledo celebrado en el año 610, por tanto, en época del monarca Gundemaro. Tal referencia aparece inserta en las actas del XII Concilio de Toledo celebrado en el año 681, es decir, setenta y un años después. Ello hace que González Blanco sugiera que esta información podría tener un carácter apócrifo.<sup>73</sup> Esta hipotética manipulación documental intencionada, vendría a justificarse ante un posible conflic-

to territorial entre Toledo y la Sede Metropolitana de Cartagena, que en tiempos de Gundemaro estaba bajo el dominio bizantino.

El texto en que se referencia al Obispo de Ello como firmante de las actas sinodales del año 610, es el siguiente:

«*Senabilis Sanctae Ecclesiae Elotanae episcopus. ss. > >*

« Senable, Obispo de la Santa Iglesia de Elo, firmé.»

Las siguientes referencias documentales a Ello aparecen en el VII Concilio de Toledo celebrado en el año 646, en el que figuran asociados los territorios de Ello e Illici bajo el gobierno de un solo obispo, llamado Vinibal. Circunstancia esta que volverá a producirse en el XI Concilio de Toledo del año 675, esta vez bajo el gobierno del Obispo Leandro.

De manera que, y para concluir, deberíamos tener en cuenta que ambos territorios, Illici(Elche)-Ello, estarían próximos; de ahí que estuvieran bajo el control de un solo obispo. No existen evidencias, por el momento, ni arqueológicas ni documentales, que indiquen la creación de la sede episcopal elotana en fechas anteriores a las campañas militares de conquista del Levante por parte del monarca visigodo Sisebuto, efectuadas a fines de la segunda década del siglo VII. Por tanto, nos planteamos que quizá la Sede Episcopal de Ello nunca existió como tal y que el territorio de la Ello romana debió quedar bajo la circunscrip-

<sup>73</sup> GONZALE BALNCO. Antonino. "La historia del SE peninsular entre el siglo III-VIII d.C (Fuentes literarias, problemas, sugerencias)" *Antigüedad y Cristianismo*, 11. 1985. pp. 53-80. "La Provincia Bizantina de Hispania". "Los Visigodos en la Carthaginense" y "la Iglesia Carthaginense" en *Historia de Cartagena*, V. Cartagena, 1986. pp. 43-71, 101-124, 160-191.

<sup>74</sup> Véase al respecto. RUIZ MOLINA, Liborio. *Hisn Yakka. Un castillo rural de Sarq al-Andalus. Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Castillo de Yecla. Murcia (1990-1999)*. Revista de Estudios Yeclanos. Yakka. n.º 10 (2000). Yecla, Ayuntamiento 2001. pp. 20-25..

<sup>75</sup> MARTINEZ RUIZ, José. *La Voluntad*. Madrid, Cátedra, 1997. Edición María Martínez del Portal, p. 198.

<sup>76</sup> AZORIN. *Confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid, Espasa-Calpe, 2000. 10ª ed. por José María Martínez. Cachero, p. 74.

ción episcopal de Elche, nominándose ésta con los nombres de ambos ámbitos territoriales en el momento de la creación de sede ilicitana, tras la conquista del territorio por Sisebuto. Suponemos que tal asociación al territorio ilicitano debió sustentarse en el supuesto derecho de Toledo sobre estos territorios, sobre la base del documento sinodal referenciado. Quizá sea esta una de las razones que expliquen el por qué hasta la fecha no han habido respuestas arqueológicas concluyentes sobre la existencia o no de la sede episcopal elotana. Así pues, la Iyi(h) del Pacto de Teodomiro (Tolmo de Minateda), en mi opinión, nada tendría que ver con la Ello asociada al territorio episcopal ilicitano: sí por el contrario la ciudad denominada en aquel documento como Ils (Elche), que vendría a ser la capital de esta circunscripción territorial<sup>74</sup>.

El Maestro Yuste, y con ello concluyo, en el capítulo XVI de la primera parte de *La Voluntad* indicaba que:

*«Hay quien sospecha que las estatuas encontradas son retratos auténticos de las personas que más se distingúan por su talento y sus virtudes en la ciudad... Yo también lo creo así, y aplaudo sin reservas los sentimientos afectivos y admirativos de estos buenos habitantes de Elo...»<sup>75</sup>*

A lo que Antonio Azorín, en el capítulo XV de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, apostillará:

*«Yo las he mirado y remirado largos ratos en las salas grandes y frías. Y al ver estas mujeres con sus ojos de almendra, con su boca suplicante y llorosa, con sus mantillas, con los pequeños vasos en que ofrecen esencias y ungüentos al Señor, he creído ver las pobres yeclanas del presente y he imaginado que corría por sus venas, a través de los siglos, una gota de sangre de aquellos orientales meditativos y soñadores. > ><sup>76</sup>*